

# ELLEN RASKIN

## EL JUEGO DE WESTING



DESTINO

Dieciséis vecinos, una herencia,  
un asesino y muchas pistas

Ellen Raskin

# El juego de Westing

**DESTINO**

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Westing Game*

© del texto: Ellen Raskin, 1978

Este libro se ha publicado gracias a un acuerdo con The Bent Agency Inc.,  
por medio de International Editors' Co.

© de la traducción: Carlos Abreu Fetter, 2022

© Editorial Planeta S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-08-25229-0

Depósito legal: B. 390-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Torres de Poniente

El sol se pone por el oeste (como sabe casi todo el mundo), y, sin embargo, las Torres de Poniente estaban orientadas al este. ¡Qué cosas!

No solo estaban orientadas al este, sino que en ellas no había ninguna torre. El reluciente y acristalado bloque de apartamentos se alzaba solitario a la orilla del lago Míchigan, hasta una altura de cinco plantas. Cinco plantas vacías.

Un día (casualmente un 4 de julio), un chico de los recados con un aspecto de lo más insólito iba en bicicleta por la ciudad, deslizando cartas bajo la puerta de aquellos que habían sido elegidos como futuros inquilinos. Iban firmadas con el nombre de «Barney Northrup».

El chico de los recados tenía sesenta y dos años, y no existía nadie llamado Barney Northrup.

*Querido afortunado:*

*Helo aquí: el apartamento con el que siempre ha soñado, a un precio de alquiler asequible, en el edificio más nuevo y lujoso de los alrededores del lago Michigan.*

**TORRES DE PONIENTE**

- *Ventanas panorámicas en todas las habitaciones.*
- *Portero uniformado, servicio de limpieza.*
- *Aire acondicionado, ascensor de alta velocidad.*
- *Barrio exclusivo, cerca de colegios de prestigio.*
- *Etcétera.*

*Hay que verlo para creerlo, pero estos apartamentos de increíble elegancia solo pueden visitarse con cita previa. ¡¡¡Dese prisa, quedan muy pocos!!! Llame ahora al 276-7474 para aprovechar esta oferta única en la vida.*

*Su seguro servidor,*

**BARNEY NORTHRUP**

*P.D. También ofrecemos espacios ideales para:*

- *Una consulta médica en el vestíbulo.*
- *Una cafetería con entrada desde el aparcamiento.*
- *Un restaurante de categoría que ocupe toda la planta superior.*

Se entregaron seis cartas, solo seis. Se concertaron seis citas y, uno a uno, familia tras familia, Barney Northrup, con

su palique interminable, guio a los visitantes en recorridos por todos los rincones de las Torres de Poniente.

—Fíjese en el acristalamiento. Vidrio unidireccional —señaló Barney Northrup—. Pueden ustedes mirar al exterior sin que nadie los vea desde fuera.

Al alzar la vista, los Wexler (la primera visita del día) quedaron deslumbrados por el resplandor del sol de la mañana que se reflejaba en la fachada del edificio.

—¿Ven esas arañas de luces? ¡Puro cristal! —exclamó Barney Northrup, atusándose el negro bigote y ajustándose la corbata teñida a mano frente al espejo que cubría la pared del vestíbulo—. Y ¿qué me dicen de la moqueta? ¡Siete centímetros de grosor!

—Preciosa —respondió la señora Wexler, agarrándose del brazo de su marido mientras sus tacones se bamboleaban sobre la abultada felpa. Ella también consiguió dirigir una breve mirada de aprobación al espejo antes de que se abriera la puerta del ascensor.

—Les aseguro que están de suerte —dijo Barney Northrup—. Solo queda un apartamento, pero les encantará. Es que ni hecho a medida para ustedes. —Abrió de un empujón la puerta del 3D—. Y bien, ¿a que es una maravilla?

La señora Wexler ahogó un grito; era impresionante, desde luego. Dos paredes del salón eran en realidad ventanas de suelo a techo. Siguiendo los pasos de Barney Northrup, recorrió todo el apartamento lanzando grititos de asombro y júbilo.

Su marido, que iba a la zaga, no se mostraba tan entusiasmado.

—¿Qué es esto, un dormitorio o un armario? —preguntó Jake Wexler, echando un vistazo a la última habitación.

—Un dormitorio, por supuesto —contestó su esposa.

—Parece un armario.

—Ay, Jake, este apartamento es perfecto para nosotros, absolutamente perfecto —alegó Grace Wexler con un gorgorito lastimero. El tercer dormitorio era un pelín pequeño, pero para Tortuga estaría bien—. Además, piensa en lo que significaría tener la consulta en el vestíbulo, Jake; se acabó el coger el coche para ir y volver del trabajo, el cortar el césped, el quitar la nieve a paladas.

—Permítanme que les recuerde —terció Barney Northrup— que el alquiler de este piso les saldría más barato que el mantenimiento de su antigua casa.

Jake se preguntó cómo podía saber eso.

Grace se detuvo ante la ventana frontal, desde donde se divisaban, al otro lado de la calle y de los árboles, las relucientes y tranquilas aguas del lago Míchigan. ¡Un apartamento con vistas al lago! Estaba deseando que sus supuestas amigas, que vivían en casas de postín, lo vieran. Habría que tapizar los muebles; no, mejor comprar unos nuevos... en terciopelo beis. Y mandaría a imprimir papel y sobres en color azul, con un marco en los márgenes, y su nombre y distinguida dirección escritos con letra floreada en la parte superior: «Grace Wexler, Torres de Poniente, a orillas del lago».

No todos los futuros inquilinos estaban tan ilusionados como Grace Windsor Wexler. Cuando Sydelle Pulaski llegó a última hora de la tarde y alzó la mirada, no vio más que el tenue y distorsionado reflejo de las copas de los árboles y las nubes que flotaban a la deriva en la fachada acristalada de Torres de Poniente.

—Le aseguro que está usted de suerte —afirmó Barney Northrup por sexta y última vez—. Solo queda un apartamento, pero le encantará. Es que ni hecho a medida para usted. —Abrió de un empujón la puerta de un apartamento de un ambiente en la parte de atrás del edificio—. Y bien, ¿a que es una maravilla?

—No especialmente —respondió Sydelle Pulaski, parpadeando a causa de los rayos del sol de verano que se ponía tras el aparcamiento. Llevaba muchos años deseando disponer de un hogar para ella sola, y allí estaba, en un edificio elegante en el que vivía gente rica. Pero quería vistas al lago.

—Los pisos que dan al lago ya están todos reservados —explicó Barney Northrup—. Además, el alquiler sería excesivo para el sueldo de una secretaria. Créame, aquí gozará de los mismos lujos por la tercera parte del precio.

Por lo menos la ventana lateral ofrecía una vista agradable.

—¿Seguro que no se puede ver el interior desde fuera? —preguntó Sydelle Pulaski.

—Totalmente —contestó Barney Northrup, siguiendo la dirección de su sospechosa mirada hasta la mansión que se



alzaba en el acantilado norte—. Eso de ahí arriba no es más que la antigua residencia Westing; está desocupada desde hace quince años.

—Pues tendré que pensármelo.

—Tengo a veinte personas suplicándome que les alquile este piso —aseveró Barney Northrup, mintiendo con sus dientes de conejo—. O lo toma o lo deja.

—Lo tomo.

Fueran cuales fuesen su identidad y profesión reales, Barney Northrup tenía madera de agente inmobiliario. En un solo día, había alquilado el edificio entero de Torres de Poniente a las personas cuyos nombres ya estaban impresos en las placas de los buzones, en un rincón del vestíbulo:

CONSULTA	<input type="checkbox"/>	<i>Doctor Wexler</i>
LOCAL	<input type="checkbox"/>	<i>Cafetería Theodorakis</i>
1C	<input type="checkbox"/>	<i>F. Baumbach</i>
1D	<input type="checkbox"/>	<i>Theodorakis</i>
2C	<input type="checkbox"/>	<i>S. Pulaski</i>
2D	<input type="checkbox"/>	<i>Wexler</i>
3C	<input type="checkbox"/>	<i>Qien</i>
3D	<input type="checkbox"/>	<i>J. J. Ford</i>
4	<input type="checkbox"/>	<i>Restaurante Shin Qien</i>

¿Quiénes eran esas personas, esos inquilinos cuidadosamente seleccionados? Eran madres, padres e hijos. Una modista, una secretaria, un inventor, un médico, una jueza. Ah,

sí, y entre esas personas había un corredor de apuestas, alguien que robaba, alguien que ponía bombas y alguien que era un error. Barney Northrup le había alquilado un piso a la persona equivocada.